



Los desafíos de reconstruir y fortalecer a la comunidad académica **frente al descrédito público y el abandono estatal**

María Lara Montero¹

“El dolor solo puede aparecer donde hay un auténtico vínculo de pertenencia que está amenazado.”
(Han, 2021: 49)

Todos los aspectos de nuestra vida cotidiana se ven impregnados y transformados por una nueva lógica económica donde los docentes, investigadores, estudiantes de todos los niveles se ven cuestionados en el marco de una disputa sobre los fondos que deben ir destinados a la ciencia y a la educación pública en todos sus niveles. Sobre este punto, observamos que los cimientos, sobre los que se sustentaban nuestros acuerdos, se tambalean sin que logremos consolidar un proyecto que se oponga y nos ampare frente a los discursos anticientíficos que proliferan en las redes sociales y en algunos medios de comunicación tradicionales (televisión y radio).

1. Profesora en Letras. Egresada de la FHyCS-UNaM en el año 2021. Estudiante avanzada de la Licenciatura en Letras, estudiante del Profesorado en Historia con Orientación en Ciencias Sociales y de la Licenciatura en Historia. Ha participado en el programa NEOCIENCIA, en el segmento denominado “Ciencia para leer al mundo”, recomendando obras literarias. Anteriormente, ha publicado ensayos en Caligrama, revista perteneciente a la carrera de Letras, en otros números de la revista Desafíos y en La Rivada.
Correo electrónico: marialaramontero@gmail.com

En la actualidad no podemos ignorar que somos interpelados para ser cada vez menos receptivos y empáticos con el dolor de los demás porque tampoco tenemos una conexión profunda con nuestras emociones. Las dinámicas actuales demandan encontrar caminos estrechos hacia placeres volátiles que nos mantienen dependientes de ellos y desvinculados de los malestares y conflictos. No es de extrañar que la noción de felicidad e individualismo se encuentren ligadas de forma estrecha como si constituyeran las dos caras de una misma moneda dado que “(...) cuanto más convencidos estemos de que la solución a nuestros problemas pasa por una simple cuestión de resiliencia y esfuerzo personal, las posibilidades de imaginar y luchar de forma colectiva por efectuar cambios sociales se verán seriamente limitadas.” (Cabanas e Illouz, 2019: 74). Como señalan los autores, las terapias y libros de autoayuda que abogan por refugiarse en el mundo interior y vivir en un eterno presente buscan ocultar las graves desigualdades estructurales que atraviesan a sangre y fuego nuestro territorio.

Sentimos que nuestras palabras fueron vaciadas por fuerzas que escapan a nuestro control y conocimiento. Sumado al hecho de que nuestros dolores, dificultades e historias de vida fueron “privatizados” y pesan sobre nosotros como si constituyéramos sus exclusivos arquitectos e ingenieros invisibilizando, de este modo, el lugar y la responsabilidad que compartimos con los otros miembros de nuestras diversas, complejas y conflictivas comunidades y redes de contención.

Sin embargo, sentir dolor frente al desamparo propio y ajeno, como expresa el epígrafe de este artículo, implica que, pese a todas nuestras diferencias y conflictos internos

tenemos plena conciencia de que constituimos una comunidad que tiene un propósito, un lugar y un destino en nuestra sociedad. Insistimos, sentir dolor, conmoverse frente a las injusticias y tomar la decisión de escuchar al otro es un signo de que nuestros vínculos no son superficiales ni esporádicos sino fuertes y saludables. Unirnos frente a las estrategias de la polarización y el descrédito no implica negar las diferencias y conflictos que existen en nuestro interior, pero las adversidades nos demuestran que es mucho más lo que tenemos en común que lo que nos separa. Es decir que existe algo que nos trasciende como individuos y queremos que dichas instituciones perduren en el tiempo y permitan a la sociedad, más allá de sus ingresos, contactos y conocimientos, acceder a la educación pública, laica y gratuita.

Los vínculos humanos implican conflictos y diferencias, en algunas ocasiones irreconciliables. Ahora, frente a campañas de desprestigio constantes que sitúan el foco de todos los problemas sociales, políticos y económicos en las demandas y los derechos de los trabajadores de la educación y otras dependencias estatales, nuestros compatriotas observan que ellos son también señalados y encasillados como parte del problema. Si a esto añadimos que durante la crisis sanitaria del 2020 nuestro único nexo con el mundo exterior fueron las redes sociales a las cuales accedíamos con pantallas de diversas formas y colores (quienes contamos con acceso a internet, por supuesto) no podemos obviar el impacto que produjo en nosotros y las consecuencias que aún estamos transitando.

Paulatinamente el “otro” se transforma en un ente que se puede utilizar para obtener el mayor beneficio o, en caso contrario, tiene

que aislarse para evitar que nos perjudique. Ese “otro” no es algo dado de antemano, sino un sujeto que se consolida a través de diversos discursos que no solo utilizan como soporte las palabras sino también las imágenes, la música e incluso las formas arquitectónicas de los edificios y los planos que se utilizan en la construcción de una ciudad. Autores como Dubet advierten que en la búsqueda de encontrar una respuesta frente a las contradicciones que surgen entre las convicciones y los intereses que movilizan nuestras acciones

podemos sentir la tentación de denunciar la libertad de los otros y convocar a fortalecer la autoridad. (...) Hoy en día, los jóvenes de los secundarios reclaman más libertad para sí y más disciplina para los otros, más policía y vigilancia, más autoridad pública que los proteja de su propia autonomía. La economía moral del régimen de desigualdades múltiples invita a defender las libertades propias y la vez reforzar el orden público. (Dubet, 2020: 88 y 89)

Al encerrarnos cada vez más en nosotros mismos, el reconocimiento de otro en su alteridad y en lo que lo asemeja a nosotros se va erosionando a pasos agigantados. En palabras de Han: “La progresiva pérdida de empatía apunta al profundo acontecimiento de que el otro desaparece. La sociedad paliativa elimina al otro como dolor. (...) *El otro como objeto no duele.*” (Han, 2021: 79). Las estadísticas y las formas en las que ellas se presentan en los medios parecen invisibilizar que se tratan de personas como nosotros que han sido encapsuladas en una gráfica a la que observamos envuelta en una niebla espesa conformada por el cansancio, el hastío y la orfandad que constituye el panorama de

nuestra cotidianeidad.

Existe una tendencia a idealizar el funcionamiento y la lógica internada de las estructuras familiares e instituciones del pasado como si la crisis y los cambios que impulsaron la consolidación de un “nuevo mundo” donde existen muchas personas excluidas y aisladas por no poseer ciertos objetos y conocimientos no fuera producto de nuestras acciones. Es cada vez más habitual ver a madres y padres enfrentados con sus hijos (por hablar de la estructura familiar imperante en nuestro imaginario colectivo) que crecieron bajo estas nuevas reglas de consumo y formas de relacionarse. No podemos cargar todo el peso de la responsabilidad en los jóvenes y adolescentes porque dicho señalamiento implica solapar la responsabilidad de los adultos y de las instituciones que nacieron con la modernidad y ahora no pueden dar respuestas y contención a las nuevas problemáticas.

Los autores Beck y Beck-Gernsheim señalan que el “peligro” que algunos observan en la diversidad de posturas y formas de vida que se desarrollan en la actualidad radica en el supuesta “pérdida de los valores” cuya prédica constante esconde tras de sí el profundo terror a los nuevos “hijos de la libertad” dado que ellos “se reagrupan y rebelan, a su manera colorista, contra el tedio, y contra unas obligaciones que hay que cumplir sin que se les dé ninguna razón y aunque nadie se sienta identificado con ellas.” (Beck y Beck-Gernsheim, 2020: 254) ¿Cómo se pueden reconciliar los intereses privados y el bienestar público? Los autores explican que el debate académico radica, entre otros aspectos, en la desvalorización del que se encuentra al servicio de los demás “la ayuda silenciosa o *el síndrome del ama de casa*, según el cual la

dignidad del servicio a los demás estriba en que este pase inadvertido, es decir, no retribuido ni reconocido, y hecho por encargo de los que tienen el control.” (Beck y Beck-Gernsheim, 2020: 256).

Quienes hemos elegido el terreno de la educación para desarrollarnos como profesionales encontramos en el acto de enseñanza-aprendizaje y en el contacto con los demás una expansión de nosotros mismos, no podemos negar que muchas veces se tiende a establecer una frontera infranqueable entre quienes educan y quienes lo ven como un servicio que tiene que ser eficiente sin tener en cuenta las realidades difíciles que atraviesan en múltiples planos tanto profesores como alumnos.

A lo antes mencionado tenemos que sumar que muchas de las tareas de cuidado y protección siguen estando sobre la espalda de las mujeres tanto en el ámbito privado o familiar como en la esfera pública. No podemos atribuir toda la responsabilidades a una “sociedad ingrata” sino a una cultura que ha invisibilizado las necesidades y deseos de quienes asumen tareas de cuidado, educación, salud y otras actividades en las cuales se trabaja con seres humanos. Ahora, los pilares de esas redes de contención son quienes están en el ojo de la tormenta por ser el centro del recorte del presupuesto en un clima de ideas que tiene como lema “la sanidad de las finanzas” en detrimento del bienestar general.

La indignación que no es vehiculizada por un programa político que vaya más allá de las demandas inmediatas puede hacernos caer en un proyecto neoliberal que atraiga a la población bajo el disfraz de la novedad. Como advierte Dubet

toda la cuestión radica en saber si las

indignaciones se transforman en programas de acción, programas políticos, estrategias capaces de actuar sobre los problemas que han suscitado indignación. En caso contrario, no llega a ninguna parte; se convierte en una ira sin objeto, a veces en una postura, una energía que se agota sin influir sobre las causas que llevaron a indignarse. (Dubet, 2020: 90)

Frente a la desolación que nos atraviesa, podemos observar una oportunidad para establecer más vías de comunicación entre lo que se escribe, publica y produce en el ámbito de las ciencias sociales. De este modo, la población tendrá herramientas para reconocer y defenderse de los discursos de odio que buscan dividir a la sociedad en bloques desconectados entre sí.

Además, al expandir nuestra esfera de influencia fortaleceremos los lazos al interior de nuestra universidad que ya viene realizando trabajos que reúnen a varias carreras. Si podemos obtener algo valioso de esta crisis (sin pretender sumar adeptos a la retórica de la autoayuda) es que el dolor que sentimos es la prueba de la existencia de nuestra comunidad y esto revela que los lazos y redes que supimos construir resisten en las adversidades. No sacrifiquemos relaciones significativas, en ninguno de los ámbitos de nuestra vida, por la vana promesa de una existencia cómoda. En estos momentos, el dolor es el testigo de nuestra identidad e historia y puede ayudarnos a ver al otro como un ser humano y no como una amenaza a nuestro bienestar. ●

Referencias Bibliográficas

- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth. (2020) “Capítulo 6. Hacia una familia posfamiliar. De la comunidad de necesidades a las afinidades colectivas” y “Capítulo 12. Hijos de la libertad” en: *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós. Pp. 149-174 y 249-274.
- Cabanas, Edgar e Illouz, Eva (2019) “2. Reavivar el individualismo” en: *Happygracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Barcelona: Paidós. Pp. 61-91.
- Dubet, François (2020) “4. Iras e indignaciones” en: *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores. Pp. 72-105.
- Han, Byung-Chul (2021) “Dolor como verdad” y “Ética del dolor” en: *La sociedad paliativa. El dolor hoy*. Buenos Aires: Herder. Pp. 49-54 y 77-82.

